

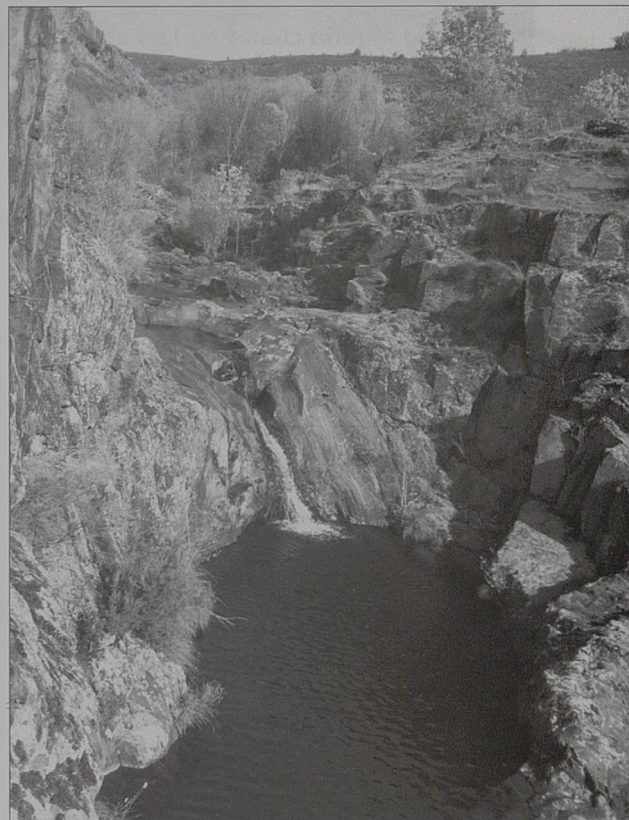
Según avanzamos, cambiamos de valle y nos acercamos a las hoces del **Jarama**. No son tan espectaculares como las del **Gallo**, pero marcan el paisaje con un tajo violento que sugiere rincones inaccesibles e impresionantes. Bajamos, sabedores de que luego hay que subir... pero el misterio de las pozas nos llama a voces. A nuestra derecha, al otro lado del río, se ven las casas de **Matallana**. Un puente nuevo acabó con el aislamiento entre Campillo y su pedanía, obligadas sus gentes durante años a dar una vuelta de varios kilómetros ante la imposibilidad de vadear el río.

Algo en el ambiente nos dice que estamos llegando a nuestro destino. Antes, el camino nos obliga a recorrer parte de la hoz del Jarama por media ladera para descender de súbito unos metros después. A primera vista, las pozas se esconden a nuestros ojos, es necesario buscarlas, adentrarse entre las rocas, cada vez más estrechas, para descubrir su misterio. Al acercarnos, el ruido del agua nos advierte. Un chorro de algo más de tres metros de altura ha ido horadando la piedra hasta completar un pozo de cinco metros de profundidad y un diámetro del doble. El sobrante de la poza forma otro doble salto que vierte sobre su hermana pequeña y, desde allí, el agua cae de bruces en el cauce del río Jarama, que este año baja generoso y feliz.

En Campillo y Matallana las gentes aseguraban que el pozo de los Aljibes no tenía fondo y que comunicaba con el mar. Lo cierto y verdad es que, como nos cuenta Paco Maroto, los que no sabían nadar acababan siendo víctimas de la profundidad y de la imposibilidad de aferrarse a unas rocas pulidas por la acción del agua durante siglos. Algunos perecieron por accidente, pero otros buscaron allí el descanso eterno, confiados tal vez en que su cuerpo apareciera en otras tierras, lejos, muy lejos de las que entonces vieron su tormento. Tal fue el temor que las gentes de la Sierra tenían a este lugar, que durante la guerra civil de 1936 hubo un intento de acabar con este lugar maldito, dinamitando sus paredes. ¡Menos mal que alguien puso cordura!

La magia de este rincón es innegable. Es obligado sentarse, retomar fuerzas para iniciar la subida a la montaña y escuchar la voz del agua: cómo las pozas del Aljibe nos cuentan esas historias truculentas que escucharon de boca de hombres y mujeres desesperados y que hicieron posible la leyenda.

Es hora de regresar. La parte del espectáculo que nos habíamos perdido a la ida, lo disfrutamos a la vuelta. La llamada de la rica cocina del restaurante **La Fragua** nos reclama. Juli nos espera en Campillo de Ranas con una cerveza fresca y un pincho de chorizo de gamo, con el picante justo para echar un buen trago. Julián es un hombre directo y recio, parece serrano aunque no lo es, forma parte de ese grupo de personas, "neorrurales" les llaman, que un buen día dejaron la ciudad y repoblaron nuestros pueblos. Apostó por la hostelería y dirige junto a su hermana un restaurante donde se come buena caza, ricos pasteles de verdura de temporada y unas croquetas de jamón generosas y en su punto. Todo ello acompañado de un entorno único: una vieja fragua del siglo XVII, perfectamente acondicionada en varias alturas. La arquitectura popular más genuina de esta sierra respetada y aderezada con gusto y sencillez, como los platos de Juli y su gente. Me fui con las ganas de probar sus codornices "puteadas", pero ya se habían acabado. El festival de cine documental de montaña, que se celebró entre **Majaelrrayo** y Campillo durante el fin de semana, acabó con ellas. No tengo más remedio que volver y lo haré pronto. Allí nos vemos.



A primera vista, las pozas se esconden a nuestros ojos, es necesario buscarlas, adentrarse entre las rocas, cada vez más estrechas, para descubrir su misterio. Al acercarnos, el ruido del agua nos advierte.

